



Anaconda Editions, Maher & Murillo editores

NOVEDAD EDITORIAL

Enrique Gavilán

CUANDO YA NO PUEDES MÁS

Viaje interior de un médico



Anaconda Editions inicia su nueva época con un libro que es una historia de amor y desamor con la medicina de familia. Y una historia personal de superación ante la adversidad laboral. «Sin edulcorantes, sin grandes pretensiones. Solo contar una historia. Mi historia», por decirlo en palabras de su autor, Enrique Gavilán, que sufrió muy joven un choque brutal con la desesperante realidad de la sanidad pública, en donde él se había integrado como médico de familia. Ante la depresión, tuvo la capacidad de pedir ayuda y, finalmente, emergió de aquel infierno. Y hoy en día, cambiado pero con la misma vocación, sigue ejerciendo como médico de pueblo al norte de la provincia de Cáceres.

Con una prosa de auténtico escritor, con una enorme capacidad de introspección, Gavilán no se asusta a la hora de decir la verdad. Su historia servirá de ayuda a sus colegas. Pero también a todas las personas que en otros campos de la actividad se encuentran también sometidos a presiones que acaban derrotándote. A los terapeutas que tratan de ayudarles. Y a todos aquellos que buscan en la palabra escrita no tanto un consuelo como ayuda para comprender el doloroso deterioro de un mundo cada vez más invivible.

En su prólogo, el doctor **Rafael Bravo**, decano de los blogueros españoles en el campo de la sanidad (rafabravo.wordpress.com) les dice a sus colegas:

«Nos adentramos en las tribulaciones de un médico intentando alcanzar ese modelo perfecto de médico de familia que ha aprendido, que choca con un sistema cuasi funcionarial donde los méritos y el buen trabajo son menos que nada [...] Vas a adentrarte en lo que un profesional escribió, como terapia, recordatorio, **apunte de una situación difícil, en una profesión difícil y en un momento difícil de nuestra historia reciente**; pero no temas, vas a disfrutar, ¡de verdad!, porque te puedes encontrar reflejado, porque te darás cuenta de las grandezas y miserias de una profesión... Vas a compartir el verdadero privilegio haber contemplado una vida difícil. Merece mucho la pena leer este libro. Al llegar al final, sin duda, estarás de acuerdo conmigo».

Hace poco, en mayo de 2019, la OMS decidió incluir el burnout en su catálogo de enfermedades. Pero el origen de este libro es muy anterior. Gavilán (que todavía está en la cuarentena) era un médico que, tras una vocación tardía pero entusiasta, había empezado la práctica de la medicina de familia en la sanidad pública. Un médico de pueblo, joven y rompedor. Quería hacerlo tan bien como había aprendido de sus mentores, los médicos que en España querían poner de nuevo al paciente por encima de todo, que rechazaban las presiones de las compañías farmacéuticas y sus sobornos camuflados. Que se resistían al desastroso e inexorable avance de la medicalización de la sociedad. Que querían humanizar la atención sanitaria. **Pero toda esa buena voluntad chocó contra los recortes, la paulatina entrega de la sanidad pública al negocio privado, el caos organizativo, las carencias materiales. El sistema aplastó al individuo.**

Gavilán utiliza el humor, sin duda sarcástico, cuando hace falta, para describir la situación. La de entonces, y la de ahora: «Auscultamos con una mano al paciente y con la otra le tomamos la temperatura mientras con el rabillo de un ojo inspeccionamos cómo es su respiración y con el del otro comprobamos el nivel de oxígeno que mide el pulsioxímetro en un dedo del paciente...». Y siempre cuenta las cosas como son: **«La agenda de trabajo era la constatación material del abismo: 35-40 pacientes a diario de media. Cinco minutos por persona. Esta es la realidad de muchos centros de salud»**. Y frente a esa situación: «Los médicos desengañados de la medicalización somos epidemia. Es horrible llegar a la conclusión de que la profesión que amas te utiliza para conseguir más poder y que, en realidad, le importas un rábano».

El choque fue brutal y devastador, incluso para un médico joven, deportista, muy lector de buena literatura y oyente de jazz y clásica. Y las consecuencias fueron terribles: «Preso de la frustración, me veía sobrepasado por los

acontecimientos. Me sorprendían mis propias reacciones, en las que no me reconocía. Sentía asco de lo que me estaba convirtiendo. Pero no era capaz de salir del círculo vicioso». Como todo hijo de vecino, Gavilán admite que se automedicó, pero sus noches en vela seguían torturándole. Su vida personal y familiar estaba destrozada.

Hasta que habló con su médica, esta le aconsejó que pidiera ayuda, le hizo caso, acudió a una terapia y, tras un complicado proceso, logró salir del pozo. A lo largo de mucho tiempo, Gavilán fue tomando notas, y más adelante reescribió toda esa historia y se la pasó a un amigo editor, que ahora se honra en publicar un libro extraordinario, que el propio Gavilán resume así: **«Este viaje interior, de ida y de venida, ha sido el más largo, arriesgado, imprevisto, apasionante, intrigante y caro de mi vida. Ha merecido la pena».**

ILUSTRACIONES



CUANDO YA NO PUEDES MÁS incluye **catorce ilustraciones de Mónica Lalanda** (una de las blogueras del campo de la salud con más seguidores: medicoacuadros.wordpress.com).



©David Gámez
(www.davidgamez.es)

EL AUTOR

Médico por accidente, **Enrique Gavilán** ha trabajado en condiciones de precariedad como becario de investigación, como docente y como médico, en clínicas privadas, en una cárcel, en consultorios rurales, en las urgencias de varios hospitales y en una ambulancia. De adolescente, echaba una mano colocando mercancías en el negocio familiar. Ahora, ejerce como escuchante e interpretador de historias clínicas; es decir, médico de pueblo.

Es inconformista de vocación. Trata de seguir el ritmo de la batería —sin perder las baquetas en el intento— en un grupo musical que forma con Mario, David y Laura. Fan de Iggy Pop y Debussy. Ciclista de montes y senderos. Ala-pívot que puede jugar como escolta en función de la altura del adversario. Fotógrafo frustrado de canchos y almas callejeras. Natural de Extrelucía. Juntos, mejor que enfrentados.

FICHA DEL LIBRO:

ISBN: 978-84-937044-4-5

IBIC: MBD; VFQ1

Formato: 150 x 210 mm.

Encuadernación cosida; cubierta con solapas

Páginas: 240

PVP (con IVA): 18€

Fecha de publicación: 16 de septiembre de 2019

Presentaciones previstas: Málaga (27/9);

Pendiente de confirmar la fecha: Madrid (3/10); Barcelona (17/10).

En fechas posteriores: Bilbao, Gijón, Canarias

CONTACTO:

enriquemurillo@anacondaeditions.es

Tf móvil: 618698049

ENRIQUE GAVILÁN

CUANDO YA NO PUEDES MÁS

Viaje interior de un médico

Prólogo de Rafael Bravo

Ilustraciones de Mónica Lalanda



ANACONDA EDITIONS

Capítulo 1

La vocación y la realidad

Escribir es intentar tapar los huecos de lo real evanescente con trozos de cuerda, hacer nudos en velas transparentes sabiendo que se romperán por otro lado. Escribir se hace contra la memoria y no con ella. Escribir es medir la pérdida.

Las confesiones del doctor Sachs,
MARTIN WINCKLER, 1998

Once de enero de 2019. Pilar, una médica de familia en plenitud de su carrera profesional, anuncia en una cadena de televisión que abandona su puesto en el centro de salud donde trabaja, situado en una capital de provincias del interior. Su motivo: siente que no puede más. Al duro trabajo cotidiano, con consultas abarrotadas de decenas de pacientes propios y de compañeros ausentes no sustituidos, en jornadas de siete horas diarias casi ininterrumpidas atendiendo toda suerte de problemas, se le suma ahora la imposición por parte de sus jefes de una jornada complementaria de tarde y de fines de semana para atender urgencias. Deja atrás un puesto de trabajo fijo, ganado en una dura oposición, y más de veinte años

de ejercicio vocacional y entregado. Se despide de sus pacientes con un cartel en la puerta de la consulta: «Me gustaría seguir atendiéndoles, pero así, no puedo. Lo siento». En la televisión justifica su postura: «Es que terminas desquiciada. No puedo trabajar así. Nosotros somos seres humanos. La medicina requiere [dedicación en] alma y cuerpo. Nosotros no podemos trabajar así. Estamos bloqueados, sometidos a un estrés tan grande que realmente no te da tiempo ni a pensar». Por delante, sólo incógnitas. Al renunciar a su trabajo de manera «voluntaria» no tiene derecho a la prestación por desempleo. Está a cargo de una familia con tres hijas. A su lado, otras dos compañeras, interinas, toman la misma decisión.

Pilar es una entre miles. Como ella, como yo, muchos médicos de familia y otros compañeros que trabajan en la atención primaria hemos pasado por el mismo infierno. Muchos hemos pensado en dar el mismo paso que ella y sus dos compañeras, incluso abandonar del todo la práctica clínica y dedicarnos a otra cosa. Otros muchos hemos pagado con nuestra propia salud trabajar en condiciones abusivas durante años. Si hemos logrado aguantar durante este tiempo es por el amor a una profesión y por respeto al sufrimiento de nuestros pacientes. Pero, como nos recuerda Pilar, somos humanos. Somos vulnerables. Tenemos límites. Y esos límites hace mucho que se han sobrepasado.

En los últimos meses, hartos de una situación que se remonta a varias décadas atrás, los médicos de familia hemos salido a la calle para reclamar mejoras en nuestras condiciones de trabajo. Una ola de indignación y de rabia sacude los cuatro costados de España. Primero fue la huelga en Cataluña. Luego en Galicia. Y en Andalucía, Euskadi, Madrid... Se

sucedan concentraciones en las fachadas de los centros de salud. Protestas a diario en las sedes de las consejerías de sanidad. Editoriales y noticias en prensa, radio y televisión. Testimonios de compañeros cansados, derrotados, denigrados, hartos, al borde de perder la razón. Cartas a los reyes magos en redes sociales y blogs pidiendo soluciones milagrosas. Súplicas que nadie atenderá.

El detonante en cada región ha sido diferente, pero el sustrato en todos los lugares es el mismo: la sobrecarga laboral, la no sustitución de nuestras consultas cuando nos tomamos permisos o vacaciones o enfermamos, la precariedad que deben asumir nuestros jóvenes profesionales, el sistemático ninguneo por parte de nuestros jefes, los continuos desaires de los compañeros del hospital a la tarea que realizamos desde los centros de salud, la supuesta falta de profesionales que está diezmando nuestros consultorios —mientras vemos cómo cientos de jóvenes, preparados en nuestras facultades y unidades de formación especializada, se ven obligados a emigrar a otros países en busca de mejores oportunidades de trabajo—, la deriva hospitalcentrista y la tecnofascinación de la sanidad que deshumaniza nuestro día a día, la indignación ante la inoperancia de los políticos y el hartazgo ante sus incumplidas promesas.

En boca de la inmensa mayoría de nosotros está el deseo de desarrollar nuestra labor en unas condiciones en las que podamos ofrecer la mayor calidad posible. Si precisamente damos este paso es porque la seguridad de nuestros pacientes está hoy comprometida. Y no solo esto, sino que también está en juego nuestra propia salud. Sí, los médicos también lloran.

Veo a Pilar y me reconozco en sus palabras, en sus expresiones, en sus silencios. Leo los testimonios de rabia y pesa-

dumbre de decenas de compañeros y me viene a la cabeza la misma secuencia de desastres que yo mismo acabo de vivir hace, como quien dice, cuatro días. Encuentro en ellos las mismas palabras de enfado contenido, la misma mirada mate de hastío, los mismos labios apretados por la impotencia acumulada, las mismas arrugas en el rostro de la culpa, la maldita culpa, que observaba en mí mismo.

Por suerte, pude tener la entereza de escribirlo todo. Necesitaba tapar los huecos de mis recuerdos. Poner en orden mis ideas para resolver mis continuas contradicciones. Escribir para, en palabras del genial neurólogo y escritor Oliver Sacks, «tender un puente, reconciliar o integrar las discontinuidades, las grandes discontinuidades de la vida».

Aunque es este un relato personal, que sólo certifica lo que no quiero que me vuelva a suceder, lo que me apasiona y lo que detesto, estoy seguro de que muchos de mis compañeros se sonreirán en más de un pasaje. Se identificarán con mis meteduras de pata, llorarán cuando hablo de mi llanto, verán en los relatos de mis pacientes a los suyos propios o se les erizará el vello cuando se percaten de que no son los únicos que están pasando por la misma tortura. Espero también que muchos ciudadanos guiñen el ojo en señal de complicidad a sus médicos de familia cuando vayan a visitarlos. Ambos, pacientes y médicos, compartimos el mismo objetivo con respecto a la salud y la enfermedad, y tenemos las mismas necesidades de afecto, estima, comprensión y solidaridad.

Narrar mi historia de amor y desamor con la medicina de familia, relatar los sucesos previos a la muerte anunciada de la atención primaria y contar la biografía de encuentros y desencuentros conmigo mismo tuvo para mí un efecto terapéutico. Si decido sacar del cajón estos apuntes y darles, cua-

tro años después, forma de libro, si lo estás leyendo ahora mismo, es porque a partir de ahora lo que he escrito tiene otro encargo: intentar ser útil a quienes hayan pasado por momentos similares a los aquí descritos, del mismo modo que cuando lo necesité fueron otros los que me socorrieron. Añadir el eslabón que cierre la cadena.

Sin embargo, no quiero caer en la trampa de hablar en nombre de alguien salvo de mí mismo. No quiero ser estandarte de nadie ni de nada. Tampoco tengo claro que quiera reivindicar algo en particular. Del mismo modo, no es mi intención hablar contra nadie, aunque soy consciente de que algunos se pueden sentir interpelados al oírme; mis disculpas si eso sucede en tu caso particular. Mi interés es sólo reflejar situaciones que he vivido de la forma en que las recuerdo. No más. Sin edulcorantes pero tampoco sin grandes pretensiones. Sólo contar una historia. Mi historia. Para quienquiera oírla y disfrutar, aunque sea sólo a cachitos, de ella.

La vocación y la realidad

